



tendia ganar las voluntades de los nuevos vasallos. Los soldados que quedaron en el presidio de Úbeda, hicieron una entrada en tierra de Córdoba, quemaron y talaron aquella campiña: algunos de los moros, llamados vulgarmente almogávares, fueron presos en la cabalgada: almogávares se llamaban los soldados viejos, y que estaban puestos en los castillos de guarnición. Estos cautivos dieron aviso que se ofrecía buena coyuntura para tomar á Córdoba, sea que pretendiesen ganar la gracia de sus señores, ó que estuviesen mal con los de aquella ciudad. El arrabal de Córdoba, que llaman Ajarquía, está pegado con las murallas, y le tenían á su cargo este género de soldados, que dieron lugar á los cristianos para que de noche por aquella parte escalasen la ciudad y la entrasen, que fué el año de nuestra salvación de mil doscientos treinta y cinco, á los veintitres de Diciembre. El número de los soldados que entraron era pequeño para salir con empresa tan grave. Tomaron solamente algunas torres, y apoderáronse de la puerta de Mártos, con intento y esperanza que les acudirían socorros de todas partes; así despacharon á toda prisa mensajeros que avisasen de lo hecho y del aprieto en que quedaban, si no les acorrian con toda presteza.

Á la verdad que los moros luégo que amaneció, sabido lo que pasaba y que la ciudad era entrada, se pusieron á punto para combatir aquellas torres y lanzar por fuerza á los que en ellas estaban. D. Alvar Perez de Castro, cuya lealtad y valor fué muy conocido despues que se redujo, desde Mártos, do se hallaba, fué el primero que acudió á lo de Córdoba. Lo mismo hizo el rey; luégo que llegó el aviso, partió de la ciudad de Leon, y aunque la distancia era grande y el tiempo del año muy contrario, acudió con buen golpe de soldados allegados de presto; dejó otrosí mandado á los caballeros y ayuntamientos de las ciudades que fuesen en su seguimiento. Está en el camino un castillo que se dice Bienquerencia; parecióles probar si le podrian rendir. El alcaide del castillo sirvió al rey con virtualas; pero en lo que tocaba á entregarse, dijo no lo podia hacer hasta ver lo que se hacia de Córdoba, cuya au-

toridad seguia; que rendida la ciudad, prometia hacer lo mismo. Dejada, pues, esta fuerza, pasaron con presteza adelante. Halló el rey que de muchas partes habian acudido al socorro muchos soldados, si bien todos ellos no llegaban á hacer bastante ejército.

El rey Abenhut se hallaba en esta sazón en la ciudad de Écija, aprestado para cualquiera ocasion que se le presentase, con un poderoso campo. D. Lorenzo Suarez, por andar desterrado, seguia el partido y reales deste rey. El moro no estaba determinado si acudiria á los moros de Valencia, si á los de Córdoba, por estar la una ciudad y la otra en un mismo peligro y hacelle instancia de ambas partes por socorro. La conquista de Valencia se encaminó de esta suerte. El rey de Aragon probó á conquistar á Cullera: mas cesó de la conquista por la falta de piedras que halló en aquel campo, para tirar con los trabucos; cosas pequeñas en las guerras tienen grande vez y son de mucha importancia; verdad es que en la llanura de Valencia fué tomado el castillo de Moncada por los aragoneses, y luégo le echaron por tierra, porque los demas moros escarmentasen con aquel ejemplo y castigo.

Todo esto supo en un mismo tiempo el rey Abenhut. Estaba confuso, que no sabia en qué determinarse ni qué consejo tomase. Envió á D. Lorenzo Suarez para que espiese lo que pasaba; él, deseando con algun señalado servicio volver á la gracia del rey D. Fernando, comunicó en secreto el intento de los moros y el estado de sus cosas. Avisado de lo que debía hacer, volvió al rey moro, engrandecióle nuevas fuerzas mucho más de lo que eran; dijole que el aparato y ejército era muy grande; mostraba en el rostro tristeza y miedo, mentiroso, es á saber, y fingido. Esta maña y artificio fué causa que el rey moro no tratase de socorrer á Córdoba, en gran pro de los cristianos, que si el moro viniera, no fueran bastantes para resistir y hacer contraste á los de la ciudad y á los de fuera. La alegría que los nuestros recibieron por esta causa aumentó una nueva cierta que vino, que el rey moro pocos dias despues que pasó esto, en la ciudad de Almería en que estaba á punto para ir al socorro de Va-



lencia, fué muerto por los suyos. Avino esta muerte muy á buen tiempo, porque el moro era diligente y valeroso príncipe, elocuente en hablar, diestro en persuadir lo que queria, sosegurar y amotinar la gente, segun que le venia más á cuento; robaba lo ajeno, y daba de lo suyo francamente; en fin, en aquel tiempo, ni en paz ni en guerra, ninguno le hacia ventaja, y fuera gran parte si viviera, para que las cosas de los moros se restauráran en España.

En el medio casi de la Andalucía, en la parte que antiguamente se tendian los pueblos llamados Turdulos, está edificada la ciudad de Córdoba. Su asiento en un llano á las faldas de Sierra-Morena, que se levanta á la parte de Septentrion ó Norte, forma algunos recuestos y collados. Á la mano izquierda la baña el rio famoso Guadalquivir, que por entrar en él muchos rios es tan grande que se puede navegar. La figura y forma de la ciudad es cuadrada; extiéndese por la ribera del rio, y así es más larga que ancha. El tiempo que los moros la tuvieron en su poder asentaron en ella los reyes su casa y silla real, y le quitaron mucho de su hermosura y gentileza como gente que no sabe de arquitectura ni de edificios, ni se precia de algun primor. Antiguamente tenía cinco puertas, ahora tiene siete; los arrabales de fuera son tan grandes como una entera ciudad, especialmente el que dijimos se llama de Ajarquía, á la ribera del rio, á la parte del Levante, que está todo cercado de muro y pegado con la ciudad. El alcázar del rey y su casa está á la parte del Poniente cercada con su muro particular; una puente muy hermosa puesta sobre el rio, cuya cepa comienza desde la iglesia Mayor. Antiguamente se llamó colonia patricia, porque en sus principios la habitaban los príncipes y escogidos de los romanos y de la tierra, como lo dice Estrabon; fué siempre madre de grandes ingenios, excelentes en las artes de la guerra y de la paz: los campos de la ciudad son hermosos y fértiles; danse toda manera de frutos y esquilmos, alegres por su mucha frescura y arboleda. No sólo tienen esto en la llanura, sino los mismos montes con las copiosas fuentes crian viñas y olivares y toda manera de árboles. En estos montes, una

legua de la ciudad, está edificado un monasterio de frailes de San Jerónimo, en que parecen rastros de Córdoba la Vieja, que edificó Marco Marcello desde sus principios, ó sea que la aumentó y adornó en el tiempo, es á saber, que fué pretor en España. Este sitio se entiende que por ser mal sano le trocaron en el lugar en que al presente está.

La toma desta ciudad fué desta suerte: los cristianos se apoderaron de una parte de los muros: el rey D. Fernando, luégo que llegó, puso cerco sobre lo demas; corria el año de mil doscientos treinta y seis. Defendiéronse los moros con grande esfuerzo, como los que se hallaban en el último aprieto, que suele hacer á los hombres esforzados: el gran número de gente que dentro tenían y los socorros que de fuera esperaban, los hacia asimismo confiados; muchas veces por las plazas y por las calles peleaban valientemente, los unos por salir con la empresa, los otros por la patria y por la libertad. Gastóse algun tiempo en esto hasta tanto que por la fama y por dicho de algunos cautivos que prendieron los de dentro, supieron lo que pasaba acerca de la muerte de Abenhut, rey de Granada, y juntamente que D. Lorenzo Suarez se era pasado á la parte de los cristianos, y se hallaba con los demas en aquel cerco: con esto, perdida la esperanza de poderse defender con sus fuerzas, y de ser socorridos de fuera, acordaron de rendirse. Tuviron plática sobre ello personas señaladas de ambas partes: los del rey encarecian sus fuerzas para sujetar los rebeldes, su clemencia para con los que se rendian: los moros, si bien entendian el aprieto en que estaban, no venian en lo que era razon.

Pasábase el tiempo en demandas y respuestas, en proponer condiciones y en reformallas: los cristianos, vista su porfia, y que de cada dia los cercados se hallaban en mayor aprieto, se aprovechaban de la dilacion para agravar las capitulaciones, y á los moros era forzoso pasar por lo que ántes desechaban, como suele acontecer á los duros y porfiados; finalmente, de grado en grado se redujeron á término de entregar la ciudad con sólo que les concedieron las vidas y libertad para irse cada cual



donde mejor le estuviere. Hizose la entrega en veintinueve de Junio, día de San Pedro y San Pablo; en señal de la victoria en lo más alto de la iglesia Mayor levantaron una cruz, y con ella el estandarte real, que se podía ver de todas partes. La iglesia, con las ceremonias acostumbradas, de mezquita que era la más famosa de España, la consagraron diversos obispos que seguían la guerra y se hallaron en la toma. Señalaron por primer obispo de aquella ciudad á fray Lope, monje de Fitero, convento situado cerca del río Pisuerga. Conformóse en todo esto con la voluntad del rey, y puso en todo la mano D. Juan, obispo de Osma, que suplía las veces por su comision del primado D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, que á la sazón estaba ausente y era ido á Roma. Juntamente le dejó los sellos reales para ejercitar en su lugar el oficio de canciller mayor, dado por los reyes los años pasados á los arzobispos de Toledo en la persona del mismo D. Rodrigo.

No se contentó el rey con lo hecho, ántes por acordarse y saber que doscientos sesenta años ántes deste en que vamos, los moros hicieron traer las campanas de Santiago de Galicia en hombros de cristianos, mandó que de la misma manera las llevasen los moros hasta ponellas en su lugar; recompensa bastante y enmienda de aquella befa y afrenta. Idos los moros, quedaba la ciudad sola y yerma: prometió el rey por sus cartas muchos privilegios á los que viniesen á poblar, con que acudieron muchos, y entre ellos repartieron las casas y heredades. Quedó por gobernador de aquella ciudad D. Alonso de Meneses, y D. Álvaro de Castro por general de aquellas fronteras, el uno y el otro con todo el poder y autoridad necesaria. Á los títulos reales se añadió el de rey de Córdoba y de Baeza, según que consta por los privilegios y cartas reales que de aquel tiempo y del de adelante se hallan. La silla obispal de Calahorra por este tiempo se trasladó á Santo Domingo de la Calzada, á instancia de don Juan Perez, obispo de aquella ciudad. Pleitearon adelante las dos ciudades sobre este punto y preeminencia por algún tiempo; concertóse finalmente el debate en que las hicieron igua-

les, de tal suerte, que ambas iglesias fuesen como lo son hoy catedrales.

El rey de Aragón no cesaba de acosar los moros del reino de Valencia por todas partes y con toda manera de guerra. El rey Zeyt andaba fuera de Valencia desterrado: estaba de ántes aficionado á mudar religion, y con la comunicacion de los cristianos finalmente se bautizó. Así lo habían profetizado en Valencia algunos años ántes dos frailes de San Francisco, fray Juan y fray Pedro, los cuales él mismo por esta causa mandó matar. Instruido, pues, en la fe, le bautizaron y llamaron D. Vicente. Esto se hizo secretamente, porque sabido por los moros, no cobrasen más odio é indignacion contra él, que no tenía perdida la esperanza de recobrar su reino. D. Sancho Ahones, arzobispo de Zaragoza, procuró se casase conforme al uso de la Iglesia Católica, porque con la mala costumbre y soltura que tenía antigua, y con la mucha torpeza de su vida y deshonestidad, parecía que hacia burla de la religion cristiana que profesaba. La mujer que casó con él se llamó Dominga Lopez, natural de Zaragoza. Della nació una hija llamada Alda Hernandez, mujer que fué despues de D. Blasco Jimenez, señor de Arenos, que sucedió en otros muchos lugares que eran del rey su suegro, y los heredaron despues los de Arenos. El rey de Aragón, para continuar la empresa comenzada, destruyó los campos de Ejerica; quemó las mieses, que ya se vian sazonadas. D. Bernardo Guillen, tío del rey de parte de madre, que tenía gran fama de valiente y había hecho hazañas en las guerras señaladas, fué nombrado por general de la frontera de los moros de Valencia para que resistiese y enfrenase sus acometimientos y entradas.

El mes de Octubre siguiente hobo córtes en la villa de Monzon, en que se trató de continuar y llevar adelante la guerra de Valencia y de ponella cerco. Acordaron otrosí por parecer de todos no se vedase por entónces cierta manera de moneda llamada jaquesa, que tenía mucha mezcla de cobre, y los que se hallaban con ella temían que si la prohibían recibirían daño notable. Por esta causa se le concedió al rey que cada casa de siete á siete años pagase



al fisco real un maravedí. El castillo que se llamaba el Poyo de Santa María, con las guarras de los moros destruido, los cristianos le repararon, y D. Bernardo Guillen le tenía con fuerte guarnicion. Zaen, rey de Valencia, emprendió con la gente que tenía, que se contaban seiscientos de á caballo y cuarenta mil peones, de combatir este castillo: los nuestros, con increíble ánimo y esfuerzo, determinaron salir de la fortaleza á pelear con los que en número de soldados les hacían ventaja: la cosa llegó al último aprieto: pero en fin, la multitud y gran número de moros se rindió al esfuerzo y valentía, de suerte que los enemigos fueron maltratados, vencidos y ahuyentados. Publicóse por cierto que San Jorge ayudó á los cristianos y que se halló en la pelea: acostumbran los hombres, cuando las cosas suceden sobre todas las fuerzas y esperanzas, atribuirlo á Dios y á sus santos, autores de todo bien. Acrecentó la fe del milagro una imagen de Nuestra Señora que se halló debajo de la campana que tenían en el castillo. Los moradores de la comarca hicieron luégo una iglesia para acatalla, muy devota, y en que se hacen muchos milagros, como lo dicen los de aquella tierra.

La batalla se dió el mes de Agosto año de mil doscientos treinta y siete: murió en ella D. Rodrigo Luesia, caballero principal. El rey D. Jaime, sabida la victoria y el peligro que los suyos corrían, partió luégo para allá, especialmente que le vinieron nuevas, aunque falsas, que los moros volvían con nuevos soldados de refresco á la empresa. Con mayor ánimo y esfuerzo que prudencia, con solos ciento treinta de á caballo llegó hasta más adelante del Poyo y de Monviedro. Allí se encontró con un valiente escuadron de moros que llegó hasta aquellos lugares á hacer rostro á los nuestros; traía por capitán á D. Artal de Alagon, que andaba desterrado entre los moros y era hijo de D. Blasco; el peligro era grande; la constancia y fortaleza del rey y su buena dicha remediaron el daño que se pudiera temer, sobre todo Dios, que proveyó se fuesen los moros por otra parte sin dar la batalla ni encontrarse con los fieles. El castillo del Poyo, por estar cerca de Valencia y léjos de

Aragón, no se podía conservar sin mucha costa y peligro, especialmente que aquellos días falleciera D. Bernardo Guillen, tío del rey, á cuyo cargo quedó la guarda de aquella plaza, que fué la causa que el rey saliese de Zaragoza, en que tuvo el invierno, y se pusiese al riesgo ya dicho. Hizo merced á D. Guillen Entenza, hijo del difunto, de todo lo que él poseía, oficios y tenencias: merced debida á los méritos y servicios de su padre. La tenencia del castillo se encomendó á D. Berenguel Entenza, si bien los caballeros del reino eran de parecer se debía desamparar.

Perseveró el rey en sustentar aquel castillo por ser de mucha comodidad para la conquista de Valencia: y porque los soldados trataban de huir y dejalle secretamente, los juntó en la capilla del castillo, y juró en el ara consagrada solemnemente, de no volver á su casa sin tomar á Valencia. Con esta resolución, los ánimos de los soldados que allí tenían se esforzaron y quedaron allí de buena gana; lo de los contrarios, de tal manera desmayaron, que Zaen envió á requerirle de paz, y ofreció que daría muchos castillos y fortalezas, y cierta cantidad de oro de tributo cada un año. El rey, con la esperanza que tenía de ganar la ciudad, aunque contra el parecer de los suyos, todo lo desechó: mayormente que Almenara, Betera, Bulla y otros castillos muy importantes, se le entregaron de su voluntad; con esto se aumentaron los ánimos y la esperanza de los soldados. No tenía el rey á esta sazón más que mil peones, y trescientos sesenta hombres de á caballo. ¿Qué era esta gente para una empresa tan grande? ¿Qué osadía y temeridad aventurarse con fuerzas tan pequeñas? mas los consejos atrevidos por tales se tienen comunmente cuales son los remates; tal es el juicio de los hombres. Con tan poca gente, pasado el río Guadalaviar, se atrevió á poner sitio á una ciudad tan grande y tan populosa. Asentaron los reales y los barrearon entre el Grao (que así se llama aquella parte del mar por ser á manera de escalones) y entre la ciudad á iguales distancias, una milla de cada una destas dos partes.

Valencia está situada en aquella parte de



España que se llamó Tarraconense, en la comarca que habitaron antiguamente los edetanos: su asiento en una gran llanura, fértil y abastada de todo lo necesario á la vida y al regalo, aunque el trigo le viene de acarreo y de fuera del reino para sustentarse. Es rica de armas y de soldados, abundante de mercaderías de toda suerte; en tan alegre suelo y cielo, que ni padece frío de invierno, y el estío hacen muy templado los embates y los aires del mar. Sus edificios magníficos y grandes, sus ciudadanos honrados, de suerte que vulgarmente se dice hace á los extranjeros poner en olvido sus mismas patrias y sus naturales. Las huertas y jardines muchos y muy frescos, viciosos en demasía: los árboles por su orden concertados, en especial todo género de agrura y de cidrales, cuyos ramos entretujan de manera que ya representan diversas figuras de aves y de animales y diversos instrumentos, ya los enlazan á manera de aposentos y retretes, cuya entrada impide la fuerte trabazon de los ramos, la vista la muchedumbre y espesura de las hojas, que todo lo cubren y lo tapan á manera de una graciosa enramada, que siempre está verde y fresca: tales eran los campos Elysios, paraíso y morada de los bienaventurados, segun que los fingieron los poetas antiguos. Tal y tan grande la hermosura desta ciudad, dada por beneficio del cielo, que puede competir en esto con las más principales de Europa.

Á mano izquierda la baña el rio Guadalquivar, que pasa entre el muro y el palacio del rey, que llaman el Real, y está por la parte de Levante pegado con la ciudad, con una puente por do se pasa de la una parte á la otra. Sangran el rio con diversas acequias para regar la huerta y para beber los ciudadanos. Junto al mar cae la Albufera, distante por espacio de tres millas, de aire no muy sano, pero que recompensa este daño con la abundancia de toda clase de peces que cria y da. Los muros de la ciudad eran entónces de figura redonda, mil pasos en contorno, cuatro puertas por donde se entraba. La primera Boatelana, entre Levante y Mediodía; la segunda Baldina, á Septentrion; la tercera Templaria (que tomó este nombre de una iglesia que allí edificaron los templarios),

á la parte de Levante; la cuarta Xareana, entre la cual y la Boatelana fortificó el rey sus estancias, por ser el lugar más cómodo para la batería y para los asaltos, á causa de cierto ángulo ó esconce que el muro hacia por aquella parte. Dábanse los cristianos toda diligencia en levantar y plantar sus máquinas y trabucos, de que entónces se usaba, para combatir las murallas. El rey Zaen, el primer dia que los cristianos llegaron, ántes de fortificarse sacó sus gentes al campo con muestra de querer pelear: excusaron los cristianos la batalla por ser en pequeño número, y porque de cada dia les acudian nuevas compañías. Halláronse presentes muchos prelados, ricos hombres y caballeros, un escuadron de franceses escogidos debajo la conducta de Aymilio, obispo de Narbona, socorros y gente de Inglaterra que vinieron á la fama. Trabáronse los dias siguientes algunas escaramuzas, en que los contrarios llevaron siempre lo peor, que los enfrenó para no hacer en adelante tan de ordinario salidas. Arrimáronse al muro los del rey: sacaron algunas piedras con picos y palancas, con que por tres partes aportillaron la muralla, de suerte que podia pasar un soldado por cada parte. Acudian los cercados á este daño y peligro con todo cuidado, segun el tiempo les daba. En el entretanto, Pedro Rodriguez de Azagra y Jimeno de Urrea, con golpe de gente, de la otra parte de Valencia, rindieron la villa de Cilla. Descubrióse asimismo en la mar la armada del rey de Túnez, que venia en favor de los cercados, en número de diez y ocho galeras y navas. Surgió á vista de la ciudad, con que los moros cobraron ánimo y entraron en esperanza de poderse defender.

Más fué el ruido y el cuidado que el efecto, porque avisados los africanos que en Tortosa se aprestaba otra armada contra la suya, desancoraron, y sin poder dar socorro á la ciudad ni forzar á Peñíscola, que está en aquellas riberas de Valencia, y asimismo lo intentaron, dieron la vuelta. Comenzaron con esto á enflaquecer los de la ciudad, y por la gran falta de bastimentos y almacen, que cada dia se aumentaba (como suele), no sólo por la estrechura presente, sino por el miedo de mayor falta. En



nuestros reales, por el contrario, gran alegría, mucha abundancia de todo, si bien la gente era ya tanta, que llegaban á setenta mil infantes y mil de á caballo. En todo se mostraba la prudencia del rey no menor que el esfuerzo y destreza en el pelear, tanto que no se contentaba con hacer oficio de caudillo y mandar, sino que metia en todo las manos, tanto que un dia por adelantarse mucho le hirieron con una saeta en la frente: la herida, ni fué muy grave, ni tampoco muy ligera: solos cinco dias estuvo retirado, que no salió en público.

Vinieron á esta sazón embajadores del papa Gregorio y de las ciudades de Lombardia para pedir les enviase socorros contra el emperador Federico II, que gravemente los apretaba. Ofrecian, si los libraba de aquella tiranía gravísima, que los de aquellas ciudades se le darian por vasallos. Oyó esta embajada á trece de Junio de mil y doscientos y treinta y ocho años, y en los mismos reales puso su amistad con aquella gente, segun que lo demandaban, y la reina doña Violante aconsejaba, que tenía gran parte en los negocios y podia mucho con su marido, á causa de sus aventajadas partes, y que tenía en ella una hija del mismo nombre de su madre. Verdad es que el socorro no tuvo efecto por estar el rey ocupado en las cosas de España, mayormente que el emperador, aunque fingidamente, se reconcilió con el Papa; además, que no era justo cuidar de los males ajenos el que tenía entre las manos guerras tan importantes. Los de Valencia, rodeados de los males que acarrea un largo cerco, y perdida la esperanza de ser socorridos ni de África ni de España, acordaron de rendirse. Para tratar de conciertos salió un moro, por nombre Hialbata, persona de cuenta y muy privado de aquel rey; despues enviaron otro, que era sobrino del mismo rey, y se llamaba Abulhamalet: movieron diversos partidos. Todos deseaban concluir, y toda tardanza les era pesada; los unos por el deseo que tenían de poseer aquella noble ciudad, los otros aquejados de la necesidad y peligro que corrían.

Finalmente se tomó asiento debajo de las condiciones siguientes: el rey moro entregue la ciudad de Valencia con los demas castillos

y villas aquende el rio Júcar: los moros puedan ir libres á Cullera y á Denia con seguridad y debajo la fe y palabra real: los mismos, sin que nadie los cate, puedan llevar consigo todo su oro y plata, y las demas preseas que quisieren y pudieren: haya treguas entre los dos reyes por término de ocho años que se guarden enteramente. Para el cumplimiento destas capitulaciones pusieron término de cinco dias; pero ántes que se llegase el plazo y se cerrase, los moros acordaron dejar la ciudad en número cincuenta mil, entre hombres, mujeres y niños. Pasaron por medio de los soldados cristianos, que para su seguridad pusieron de la una y de la otra parte, pues era justo cumplir lo que les prometieron, y usar de clemencia con los que se rendían y les dejaban sus casas.

Víspera de San Miguel, por el fin de Setiembre, hicieron los vencedores su entrada en Valencia, y se apoderaron de aquel reino. Limpiaron la ciudad, reconciliaron y consagraron en templos de Dios las mezquitas. Quedó por primer obispo Ferrer de San Martín, preboste de la iglesia de Tarragona: quién dice era de la orden de los Predicadores. Vinieron á poblar nuevos moradores, los más catalanes, de Girona, Tarragona, Tortosa. Los campos de la ciudad y las huertas se repartieron por iguales partes entre los obispos y los caballeros y los ayuntamientos de las ciudades que ayudaron en la conquista. Cupo eso mismo su parte á los caballeros templarios y á los de San Juan. Entre los conquistadores señalaron trescientos ochenta de á caballo, que mejoraron en el repartimiento á tal que se encargasen de guardar las fronteras de aquel reino, repartido el trabajo de manera que cada cuatro meses, por turno, guardaban los ciento dellos. El sitio de la ciudad no es muy fuerte, y sus murallas eran flacas, mayormente que quedaban maltratadas y aportilladas por causa de la guerra. Acordó el rey fortificalla de nuevos muros, mudada la primera forma y traza, de suerte que quedasen más anchos y la figura cuadrada con doce puertas, que de tres en tres miran á las cuatro partes del cielo. Ordenáronse nuevas leyes, constituciones y fueros para el gobierno y sentenciar los pleitos.



Por esta manera el rey moro Zaen, perdió en breve el reino que malamente usurpó; que el poder adquirido contra justicia prestamente desfallece. Verdad es que él se preciaba de venir de linaje de reyes, porque era hijo de Modef, nieto de Lope, rey de Murcia, como arriba queda declarado. Las alegrías que en toda España se hicieron por la toma de Valencia, fueron extraordinarias, mayormente que en esta conquista no se mezcló como en otras ningun reves ni desastre. El ejército quedó entero, que apenas faltó caballero de cuenta; sólo D. Artal de Alagon, que por estar las cosas de los moros tan caídas, se había reducido al servicio de su rey, y en compañía del vizconde de Cardona, D. Ramon Folch, fué sobre Villena, y tomada aquella ciudad, en una refriega que tuvieron con los moros junto á Saix, pueblo de aquella comarca, le mataron de una pedrada: no faltó quien dijese se le empleaba bien aquel desastre al que ayudó á los moros, y estuvo de su parte en el tiempo de su prosperidad. Este fué el remate de la guerra, y de la conquista muy afamada de Valencia.

Mientras que los aragoneses estuvieron ocupados en esta guerra, los navarros no se desmandaron en cosa alguna. Reinaba en aquella parte Teobaldo, conde de Campaña, como queda dicho; el obispo de Pamplona se llamaba Pero Jimenez de Gazolaz, sucesor poco ántes de Pero Ramirez de Piedrola. Este rey, con deseo de gloria y alabanza, y por servicio de Dios, con la paz de que gozaba su reino, emprendió guerras extrañas y fuera de España. Fué así que el

rey Teobaldo y los condes Enrique de Bari, Pedro de Bretaña y Aimerico de Monforte se concertaron de pasar con sus huestes á la guerra de la Tierra Santa. Apercebido el ejército y puestas las demas cosas á punto para un tan largo viaje, los ginoveses no les acudieron con la armada necesaria para su pasaje. Encamináronse forzosamente por tierra; pasaron por Alemania y Hungría y Constantinopla, y el estrecho de mar que se llama Bósphoro Tracio. En Cilicia, junto á las hoces y estrechuras del monte Tauro corrieron gran peligro, y perecieron muchos de los suyos á causa del gran número de turcos que sobre ellos cargaron, en tanto grado, que apenas la tercera parte de la gente que sacaron, y esos enfermos, mal parados, llegaron á la ciudad de Antioquia en aquellas partes de la Suria. El remate y fecho fué conforme y semejable á los principios y medios. Siempre en tierra de Palestina les fué mal. Dieron la vuelta para sus casas muy pocos. Tal fué la voluntad de Dios, tal el castigo que merecian los pecados. Los historiadores franceses ponen esta jornada del rey Teobaldo diez años adelante, cuando el rey San Luis de Francia pasó á aquella empresa, y en su compañía el rey ya dicho de Navarra; contra esto hace que el arzobispo D. Rodrigo al fin de su Historia refiere esta jornada de Teobaldo, y no pudo alcanzar la de San Luis, que era ya muerto, y puso fin á su escritura cinco años, y no más, despues deste año, en que los de Aragon conquistaron á Valencia.

## DOCUMENTOS, DISCURSOS Y ACLARACIONES

A LA

# HISTORIA UNIVERSAL

TOMO CUARTO